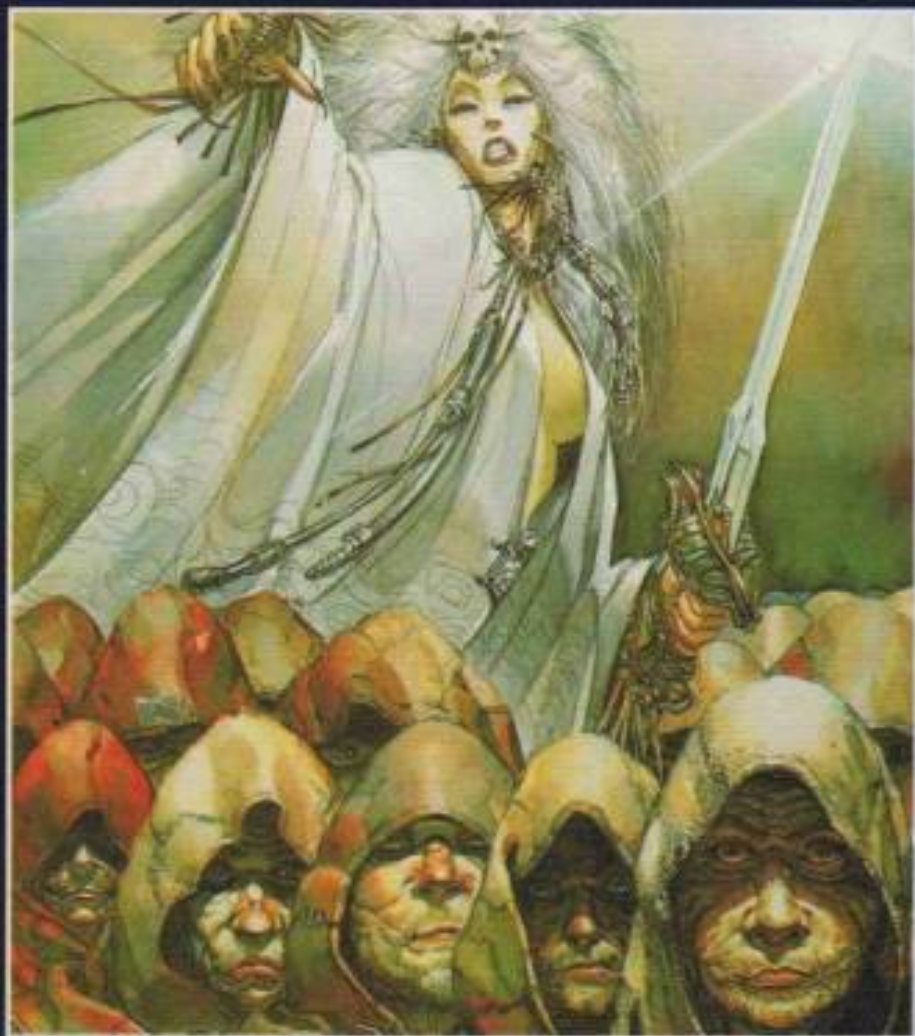


Marion Zimmer Bradley



DARKOVER
LA CADENA ROTA

En el planeta Darkover la magia y la telepatía son elementos esenciales de una cultura antitecnológica que resiste con éxito los más variados intentos de forzar su integración en una unión política y económica con el Imperio Terrano.

La cadena rota nos introduce en el mundo de las Amazonas Libres, el grupo de mujeres juramentadas que intentan superar con su actitud y su actividad las limitaciones impuestas socialmente a las mujeres.

Bradley profundiza aquí en el papel social de las mujeres de Darkover, desde su papel como Celadoras especializadas en el control de la técnica de matrices que estimulan la telepatía, al de casi esclavas de los hombres en las Ciudades Secas pasando por el papel socialmente secundario que deben desempeñar en los Dominios del Comyn.

PRESENTACIÓN

Con LA CADENA ROTA se inicia una nueva temática en el amplio conjunto de narraciones que transcurren en el planeta Darkover (ver Apéndice al final del libro). En el seno de una narración dominada por el tono de aventuras habitual en la serie, destaca la implícita reflexión sobre el papel social de las mujeres en Darkover y, por extensión, en cualquier sociedad.

Ya en la primera novela de la serie PLANET SAVERS (LOS SALVADORES DEL PLANETA, 1962) aparece la presencia de unas extrañas Amazonas, como un grupo de mujeres juramentadas que pueden realizar «trabajos de hombre», pero no se profundiza en la compleja dificultad de su empeño. Es precisamente en LA CADENA ROTA cuando Bradley presta atención destacada a esas mujeres que se convierten así en el eje central de una de las trilogías más apreciadas dentro de la famosa serie de Darkover.

LA CADENA ROTA narra, por primera vez y con cierto detalle, las dificultades con que se encuentran las Amazonas Libres, el grupo de mujeres juramentadas que intentan superar con su actitud y su actividad las limitaciones impuestas socialmente a las mujeres, Bradley profundiza aquí en el rol social de las mujeres de Darkover, desde su papel como Celadoras especializadas en el control de la técnica de matrices que estimulan la telepatía, al de casi-esclavas de los hombres en las Ciudades Secas, pasando por el papel socialmente secundario que deben desempeñar en los Dominios del Comyn. Ante esta situación, las mujeres del Gre-

mio de las Amazonas Libres reivindican en *Darkover* su calidad de personas independientes y su igualdad con los hombres en todos los aspectos.

Destaca en todo ello la voluntad de Bradley por hacernos reflexionar sobre el significado de la condición humana que tantas veces la historia de nuestra cultura parece haber negado a las mujeres. La lectura del Juramento de las Amazonas Libres (al principio del libro) puede sorprender y tal vez algún lector(a) piense que se trata de demasiadas renunciaciones que coartan irremisiblemente la vida de la futura Amazona. Pero cuando en el capítulo nueve (verdadero eje ideológico de la novela), la agente terrana Magda Lorne se ve forzada a pronunciar el juramento de Amazona Libre, descubrimos con sorpresa que esas palabras, ese juramento, no contienen nada tan terrible y que sus presuntas «renunciaciones» corresponden precisamente a la afirmación de la independencia y libertad de un ser humano, aunque no siempre las mujeres de nuestra sociedad (o de la de *Darkover*) hayan podido ejercer dicha opción.

Pero, como siempre en las novelas sobre *Darkover*, el camino que lleva a la plenitud personal y a la realización final, el que hace factible la concreción de la ética de la libertad, es un camino plagado de renunciaciones y dificultades; de decisiones no siempre fáciles porque la vida en libertad responsable no tiene porque serlo necesariamente. Y así lo experimentarán tanto la comynara Rohana Ardais, la agente terrana Magda Lorne y, también, la joven Jaelle n'ha Melora en su difícil tránsito a la condición de Amazona. Pese a la inicial estructura ternaria de esta novela, poco a poco Bradley va centrando el futuro de la trilogía sobre las Amazonas Libres de *Darkover* en la figura de la agente terrana Magda Lorne.

Presuntamente la «modernidad» de la terrana Lorne debería acercarla con mayor facilidad a los objetivos perseguidos por las Amazonas Libres, pero es precisamente su pertenencia a dos mundos lo que va a permitirle en curioso

papel como «observador participante» (según la terminología al uso entre los sociólogos) que pone de manifiesto las limitaciones sociales impuestas a las mujeres no sólo en *Darkover*, sino en cualquier sociedad sexista como, en cierta forma, también lo es la sociedad terrana.

Creo importante destacar que gran parte del éxito de la serie de *Darkover* procede precisamente del tratamiento del tema de las Amazonas Libres. No hay que olvidar que esta atención al mundo de las mujeres y sus problemas es uno de los aspectos temáticos que más interesan a Marion Zimmer Bradley, y está también implícito en otras obras famosas de esta autora. En su recreación del mundo de las leyendas del Rey Arturo, *LAS NIEBLAS DE AVALÓN*, Bradley abandona el tratamiento tradicional y utiliza como punto de vista central el de una mujer: Morgana. Algo parecido ocurre con su reciente recreación de la Guerra de Troya que también se presenta, esta vez en *LA ANTORCHA*, desde un punto de vista en cierta forma revolucionario y novedoso: el de Casandra. Con toda seguridad esa inversión del género del protagonista principal en esta recreación de dos narraciones ya clásicas es algo que configura inevitablemente la visión final de dichas novelas, con una atención preferente a la óptica femenina.

Pero todo ello se puede observar incluso con mayor nitidez en las novelas de *Darkover* sobre las Amazonas Libres, que profundizan explícitamente en esa necesaria atención al papel de las mujeres: el que desempeñan y el que deberían desempeñar si no existieran tantas trabas sociales a su realización como personas. La temática aquí iniciada continúa en *LA CASA DE THENDARA* y además, en la tercera de las novelas de *Darkover* sobre este tema, *CIUDAD DE BRUJERÍA*, los personajes masculinos acabarán siendo meros comparsas y prácticamente no intervienen en la acción y ni siquiera hablan. Pero éste será un tema a comentar en otro momento.

En cualquier caso, es evidente que es en el marco de la narración de aventuras habitual en las novelas de Darkover donde más fácil resulta extrapolar sobre ideas socialmente avanzadas, sin peligro de aburrir al lector. La realidad es que, por todo ello, LA CADENA ROTA se lee con gusto y satisfacción, incluso desde una óptica meramente lúdica, aunque también estimule interesantes reflexiones que no dejan de ser válidas en nuestro entorno social. ¿Qué más puede uno pedir?

MIQUEL BARCELÓ

*Para Tracy,
por haberme contado el chiste
del hombre del espacio, la lero-
nis
y los tres habitantes de las Ciu-
dades Secas.*

EL JURAMENTO DE LAS AMAZONAS LIBRES

De hoy en adelante, renuncio al derecho de casarme, salvo como compañera libre. Ningún hombre establecerá conmigo un vínculo *di catenas* ni viviré en ninguna casa de hombre como *barragana*^[1].

Juro estar preparada para defenderme por la fuerza si soy atacada por la fuerza, sin recurrir a la protección de ningún hombre.

Juro que de hoy en adelante no seré conocida por el nombre de ningún hombre, sea padre, guardián, amante o esposo, sino simple y solamente como hija de mi madre.

Juro no entregarme de hoy en adelante a ningún hombre, salvo en el momento y ocasión que yo misma decida, por mi propia voluntad y deseo; nunca ganaré mi pan como objeto del deseo de hombre alguno.

Juro que de hoy en adelante no daré hijos a ningún hombre, salvo por mi propio placer, elección y momento; no daré hijos a ningún hombre para la herencia, la casa, el clan, el orgullo o la posteridad; juro que yo sola determinaré la crianza de cualquier hijo que tenga sin considerar la posición, el lugar o el orgullo de ningún hombre.

De hoy en adelante, renuncio a ser leal a cualquier familia, clan, guardián o señor, y juro ser leal solamente a las leyes de la Tierra como ciudadana libre, al reino, la corona y los dioses.

No recurriré a ningún hombre en busca de protección, apoyo o socorro, y únicamente deberé lealtad a mi madrina de juramento, a mis hermanas del Gremio y a mi patrón durante la época de mi empleo.

Y juro, además, que las integrantes del Gremio de las Amazonas Libres, todas y cada una de ellas, serán para mí como mi madre, mi hermana o mi hija, de mi misma sangre, y que ninguna mujer unida por juramento al Gremio recurrirá a mí en vano.

Desde este momento, juro obedecer todas las leyes del Gremio de las Amazonas Libres y cualquier orden de mi madrina de juramento, los miembros del Gremio o la líder que elija durante mi temporada de empleo. Y si traiciono algún secreto del Gremio, o no cumplo mi juramento, me someteré a las madres del Gremio para las sanciones disciplinarias que ellas elijan; y si no cumpliera, que la mano de cada mujer caiga sobre mí, que me maten como a un animal, entreguen mi cuerpo insepulto a la corrupción y dejen mi alma a merced de la diosa.

PRIMERA PARTE

ROHANA ARDAIS
COMYNARA

1

La noche descendía sobre las Ciudades Secas, vacilando, como si en esta época el gran sol rojo no deseara ponerse. Liriel y Kyrrdis, pálidas en la demorada luz diurna, pendían muy bajas sobre los muros de Shainsa.

Detrás de las puertas, en los alrededores del gran mercado barrido por los vientos, un grupo de viajeros armaba su campamento, desensillando los caballos y descargando a los animales de transporte.

Eran sólo siete u ocho, todos vestidos con las capas con capuchas y las pesadas túnicas y pantalones de montar del país montañoso, la lejana tierra de los Siete Dominios. Hacía calor en las tierras desérticas de Shainsa a aquella hora, en la que el sol todavía tenía cierta fuerza, pero los viajeros no se habían quitado las capas con capucha; y aunque todos ellos estaban armados con cuchillo y daga, ninguno llevaba espada.

Eso fue suficiente para que los vagabundos de la Ciudad Seca, que se reunían para ver cómo los extraños armaban el campamento, advirtieran quiénes eran. Cuando uno de los encapuchados, agobiado por el peso de las alforjas cargadas, se quitó la capucha y la capa, revelando una cabeza pequeña, bien formada, con pelo oscuro cortado tan corto como ningún hombre —ni ninguna mujer— de los Dominios ni de las Ciudades Secas se atreverían a llevar, los curiosos empezaron a juntarse. Habitualmente suceden tan pocas cosas en las calles de la Ciudad Seca, que los mirones se comportaban como si la llegada de los extraños fuera un espectáculo gratuito preparado para su entretenimiento.

miento, y todos ellos se sentían autorizados a comentar la función.

—¡Eh, venid a ver! ¡Son Amazonas Libres, de los Dominios!

—¡Perras desvergonzadas, eso es lo que son, corriendo por ahí sin pertenecer a ningún hombre! ¡Yo las echaría a todas de Shainsa antes de que corrompiesen a nuestras decentes mujeres e hijas!

—¿Qué te pasa, Hayat? ¿No puedes controlar a tus propias esposas? Las mías, ahora, no se liberarían ni por todo el oro de los Dominios... Si trataran de liberarlas, volverían llorando: ellas saben dónde están mejor...

Las Amazonas oyeron los comentarios, pero estaban preparadas para ello; con toda tranquilidad, siguieron armando su campamento, como si quienes las observaban fuesen invisibles y mudos. Envalentonados por esa actitud, los hombres de Ciudad Seca se acercaron más, y las burlas obscenas se multiplicaron; ahora, algunas eran lanzadas directamente contra las mujeres.

—Tenéis de todo, muchachas... espadas, cuchillos... ¡salvo lo que necesitáis!

Una de las mujeres se volvió, sonrojada, abriendo la boca como para replicar; la líder del grupo, una mujer alta, esbelta y de movimientos ágiles, se volvió hacia ella y le dijo algo, en tono imperioso y voz baja; la mujer bajó la vista y retornó a su trabajo, que consistía en clavar estacas para las tiendas en la gruesa arena.

Uno de los curiosos, que había presenciado el diálogo, se acercó a la líder, murmurando una proposición:

—Las tienes a todas bajo el pulgar, ¿verdad? ¿Por qué no las dejas solas y vienes conmigo? Podría enseñarte cosas con las que nunca soñaste...

La mujer se le enfrentó, quitándose la capucha para revelar, debajo del cortísimo pelo canoso, el rostro agradable y delgado de una mujer de mediana edad.

—Aprendí todo lo que podrías enseñarme mucho antes de que tú fueras domado, animal —dijo con voz leve y claramente audible—. En cuanto a los sueños, a veces tengo pesadillas, como cualquiera, pero, gracias a los Dioses, hasta ahora siempre he despertado.

Los otros se mofaron.

—¡Ésa te ha dado en el ojo, Merach!

Cuando los hombres volvieron a intercambiar bromas entre ellos, el grupito de Amazonas Libres se dedicó a terminar de instalar rápidamente su campamento: una casilla, evidentemente con el objeto de vender o comprar, un par de tiendas para dormir y un refugio para proteger a sus caballos montañoses del feroz y desacostumbrado sol de las Ciudades Secas.

Uno de los mirones se acercó; las mujeres se pusieron tensas, esperando más insultos, pero él tan sólo les preguntó cortésmente:

—¿Puedo preguntar cuál es el negocio que os ha traído aquí, *vahi domnis*? —Tenía un acento muy marcado, y la mujer a la que había interrogado pareció desconcertarse, pero la líder comprendió y le respondió:

—Hemos venido a vender artículos de piel de los Dominios: monturas, arneses y ropas de cuero. Mañana, durante el día, estaremos aquí, vendiendo; estáis todos invitados a tratar comercialmente con nosotras.

—¡Yo compro a las mujeres una sola cosa! —aulló un hombre entre la multitud.

—¡Cómprala, demonios! ¡Que ellas te paguen!

—Eh, señora, ¿vas a venderles los pantalones que llevas para poder vestirte de mujer?

La Amazona Libre ignoró las mofas. El hombre que se había acercado le hizo otra pregunta.

—¿Podemos ofrecerles alguna diversión en la ciudad esta noche? O... —vaciló, mirándola apreciativamente, y agregó—: ¿tal vez podáis entreteneros vosotras solas?

—No, muchas gracias —dijo ella, con una leve sonrisa, y se alejó.

—¡No tenía idea de que sería así! —dijo una de las mujeres más jóvenes, indignada—. ¡Y tú le diste las gracias, Kindra! ¡Yo le hubiera hecho tragar los dientes de una patada!

Kindra sonrió y palmeó el brazo de la otra, tranquilizándola.

—Bueno, las palabras duras no rompen huesos, Devra. Hizo su oferta con tanta cortesía como pudo, y yo le respondí de la misma manera. Comparado con los otros —abarcó el grupo de curiosos con una irónica mirada de sus ojos grises—, fue un maestro de la cortesía.

—Kindra, ¿realmente vamos a comerciar con estos *gre'zuin*?

Kindra frunció un poco el ceño ante la obscenidad.

—Bueno, sí, por supuesto. Debemos tener alguna razón para quedarnos aquí, y tal vez Jalak tarde días en regresar. Si no aparentamos hacer algo aquí, nos tornaremos sospechosas. ¿No comerciar? ¿Qué tienes en la cabeza hoy, niña? ¡Piensa!

Se acercó a otra mujer que estaba apilando las alforjas bajo el techo.

—¿Nada de Nira, todavía? —preguntó en voz baja.

—Hasta ahora, no.

La mujer que había respondido miró, inquieta, a su alrededor, como si temiera que la oyeran. Hablaba en puro casta, la lengua de los aristócratas de Thendara y de las llanuras de Valeron.

—Sin duda, nos buscará después de que caiga la noche. Seguramente, le disgustaría bastante caer en manos de esta gente, y para cualquiera que entre en el campamento vestido de hombre abiertamente y sin que lo provoquen...

—Es verdad —dijo Kindra, observando a los curiosos—. Y ella conoce las Ciudades Secas. Sin embargo, no puedo evitar sentir cierto temor. Va contra mi costumbre el enviar

a una de mis mujeres vestida de hombre, y no obstante era la única manera de que estuviera segura aquí.

—Vestida de hombre... —La mujer repitió las palabras, como si creyera no haber comprendido bien el idioma de la otra—. ¿Cómo, acaso todas vosotras no usáis ropa de hombre, Kindra?

—En ese punto sólo delatas tu ignorancia de nuestras costumbres, Lady Rohana; te ruego que hables en voz baja para que no nos oigan. ¿Crees realmente que uso ropa de hombre?

El tono de su voz era el de una persona ofendida, y Lady Rohana respondió rápidamente:

—No pretendía herirte, créeme, Kindra. Pero tus ropas no son por cierto las de una mujer... al menos, no las de una mujer de los Dominios.

La deferencia y la irritación se mezclaron en la voz de la Amazona Libre.

—No tengo tiempo ahora para explicarte todas las costumbres y las reglas de nuestro Gremio, Lady Rohana —respondió—. Por ahora, es suficiente... —Se interrumpió ante otro estallido de burlas de los curiosos; Devra y otra Amazona Libre llevaban sus caballos hasta el pozo común que se hallaba en el centro del mercado. Una de ellas pagó la tarifa por el agua con los anillos de cobre que se utilizaban como moneda al este de Carthon, mientras la otra conducía los animales hasta el abrevadero. Cuando regresaba para ayudar a Devra a abrevar los animales, uno de los hombres le había puesto las manos en la cintura, atrayéndola rudamente hacia él.

—Eh, bonita, ¿por qué no dejas a estas perras y te vienes conmigo? Tengo muchas cosas que mostrarte, y apuesto a que nunca... ¡aayyy! —Sus palabras se transformaron en un aullido de rabia y de dolor; la mujer había desenvainado una daga y había dado una rápida estocada hacia arriba, desgarrando la ropa sucia y harapienta del hombre hasta exponer su piel desnuda y poco saludable, y marcar